

mayor moderacion imaginable, y recibió algunas veces pruebas visibles de la proteccion divina. No encontramos en la vida de Geraldo mas que una sola mancha que lavó muy pronto y de un modo que le honró mas. En una de aquellas ocasiones fatales en que la virtud mas fuerte es siempre frágil, puso imprudentemente los ojos en una doncella, hija de un siervo suyo y hermosa sobre manera. Geraldo estando entonces en la flor de su edad no fue dueño de su corazon así como no lo habia sido de sus miradas, y dió al punto una cita secreta al objeto de su repentina pasion. Pero habiendo acudido al lugar señalado, fue tan eficaz el influjo de la gracia divina y el poder de la buena costumbre, que despidió á la doncella luego que la tuvo á la vista y volvió á tomar el caballo precipitadamente sin embargo de que era de noche y hacia un frio cruel. A fin de extinguir para siempre su pasion y de perder la esperanza de satisfacerla, dió libertad á la sierva, instó á sus padres á que la casasen y la dotó. Despues de este passage perdió la vista, y en el espacio de mas de un año que duró esta triste privacion, no cesó de bendecir al Señor porque queria mas bien castigarle en esta vida que en la otra. Pudo últimamente curar, y Guillermo de Aquitania le brindó con el casamiento de su hermana; pero llorando Geraldo el desliz en que habia incurrido, conoció todo el valor de la virtud contraria y quiso poseerla en el mas alto grado de perfeccion. Renunció pues esta union lisongera, tomó el partido de no abandonar el celi-

bato en toda su vida y le honró con la práctica de todas las buenas obras.

Descolló especialmente por su amor extraordinario á la justicia y por su tierna caridad para con los pobres. Sus limosnas no tenian otros limites que los de las miserias que llegaban á su noticia. Nunca dejó de admitir á ningun pobre; y además de dar de comer á todos los estrangeros, tenia provisiones reservadas para los que llegaban de continuo á su casa; y no contento con atender al socorro de esta multitud, alimentaba siempre un cierto número de personas. Presenciaba todas las distribuciones para asegurarse de su puntualidad y de la buena calidad de los alimentos, los cuales probaba él antes que nadie. Sin embargo de sus muchas riquezas tenia una vida sumamente frugal y austera: ayunaba tres veces en la semana sin faltar jamás á este sistema, trasladando el ayuno si ocurría alguna fiesta y anticipando en el sábado el del Domingo; práctica admitida universalmente desde aquel tiempo hasta hoy dia. Nunca cenaba, y convidaba á comer en su compañía á varias personas piadosas é instruidas para conferenciar con ellas acerca de lo que se leía durante la comida. Lo demás del tiempo lo empleaba en administrar justicia, en arreglar sus asuntos, en pacificar las familias, en instruir á sus criados, en visitar enfermos, en orar y leer y en todo género de ejercicios cristianos. Vestia con modestia y sencillez, y se habia privado absolutamente del uso de la seda y de toda especie de galas. Procuraba en cuanto lo permitia su

discordias al abuso que se habia introducido de consagrar á los Papas sin noticia del Emperador, y de anticiparse contra los cánones y la costumbre á la llegada de sus comisionados instituidos para impedir tales desórdenes. „Por tanto, dice, queremos que en lo sucesivo se haga la eleccion del Papa en junta de los obispos y de todo el clero, á instancia del senado y del pueblo; que despues le consagren solemnemente ante los comisionados imperiales, y que nadie exija de él juramentos nuevos.” Tambien habian introducido otro abuso, á saber, que luego que moria el Papa se saqueaba el palacio pontificio, y desde allí se estendia el latrocinio por toda la ciudad: igual suerte sufrían las casas episcopales despues de la muerte de los obispos. Estas rapiñas no solo se prohibieron amenazando con censuras eclesiásticas á los que las cometiesen, sino que hicieron saber á todos que las personas que se abandonasen á semejantes escesos incurrirían en la indignacion del Emperador.

19. Lamberto, hijo de Guido, coronado por Formoso en el año 893, y que por fin habia podido hacerse superior á Berengario, duque de Friuli, era este Emperador en cuya presencia se celebraba el concilio. Habíase retirado el Emperador Arnulfo á Alemania inmediatamente despues de su espedicion de Roma, y tornó á Italia en el año 899 para castigar á los rebeldes; pero murió en el sitio de Fermo el día 8 de Diciembre del mismo año, segun inscripcion hallada en su sepulcro. Hay algunos que quieren persuadir que murió envenenado por Agiltrudis,

viuda de Guido, muger revoltosa é intrépida, que viéndose encerrada en la fortaleza y próxima á caer en manos del Emperador halló medio para hacer que le diesen una bebida mortífera.

20. Reuniéronse al principio del siguiente año en Forcheim los señores de Germania, y reconocieron por Rey al hijo legítimo de Arnulfo, llamado Luis, el cual no pasaba de siete años. Solicitaron despues de esto la confirmacion del Papa, escusándose de no haberse puesto de acuerdo con él para la eleccion, á causa de lo difícil que era el viage á Roma, mediante estar interceptado el paso por los paganos. Los húngaros, gente bárbara que habia salido de lo interior de la Scitia, y hacia cerca de diez años que se dejaba ver en el imperio francés, eran estos infieles que infestaban los límites de Alemania y de Italia (1). Al principio entraron en la Panonia y en el pais de los ávaros, donde se mantenían con la caza y pesca. Despues hicieron frecuentes incursiones en Carintia, Moravia y Bulgaria. Todas sus armas se reducían al arco; pero le manejaban con una destreza increíble. No se jactaban de poseer el arte de sitiar una plaza, ni de pelear sin moverse de su lugar, sino que segun el método que observan aun estos pueblos, acometían precipitadamente á sus enemigos y se dispersaban al punto. Permanecían siempre montados, ora caminasen ó no, y conservaban la misma posicion cuando celebraban sus consejos. Su exterior, sus costumbres singulares, sus cabezas calvas, su as-

(1) *Regin. ann. 889.*

pecto triste, su silencio feróz que casi siempre correspondia á todas las proposiciones con hechos sangrientos, todo esto contribuía á que inspirasen terror. Las mugeres eran tan intrépidas y desapiadadas como los hombres (1).

A instancias del Emperador Arnulfo que los habia llamado para sujetar á los rebeldes de esta provincia, entraron al principio en Moravia; pero no haciendo distincion entre amigos y enemigos, se internaron en Baviera y despues en Italia, donde inundaron de sangre todos los lugares por donde pasaron. Habiéndose juntado los fieles en el pais de Pádua, les presentaron batalla á orillas del Brenta, y quedaron derrotados, siendo muchísimos los que perecieron en la accion y los que se ahogaron, con un gran número de condes y algunos obispos, entre ellos Luitardo de Vercelli, antiguo privado de Cárlos el Craso, el cual perdió á un mismo tiempo la vida y sus inmensos tesoros. Los bárbaros mataron en Nonantula en el Modenés á todos los monges que no habian huido, quemaron el monasterio y su preciosa biblioteca, y robaron todo lo demás. Roma y la Italia entera se hallaban en la mayor consternacion, cuando los infieles suspendieron contra toda esperanza esta primera correría, y contentos con lo que habian saqueado no pensaron mas que ir á gozar de ello á los paises salvages que les servian de guarida.

21. El Papa Juan IX se aprovechó de esta interrupcion inesperada para emplear su solicitud pastoral

(1) *Luitpr. lib. 1. cap. 5.*

en las diferentes iglesias de la cristiandad. En España, Alfonso III llamado el Magno, habia hecho respetable su poder así á los árabes que ocupaban el centro de la Hesperia, como á los codiciosos normandos que infestaban continuamente sus costas y todas las del Occéano. A pesar de estas dificultades y estorbos continuos, habia reedificado y vuelto á poblar muchas ciudades, y entre otras á Oporto, Braga, Viseo y Tuy, en las cuales edificó iglesias, é hizo que se instituyesen y nombrasen obispos (1). Fortificó á Oviedo mas que á ninguna otra ciudad, y formó de ella como un baluarte inespugnable donde pudiesen estar seguros de las invasiones de tantos bárbaros los efectos mas preciosos de sus estados, y en especial las reliquias de todas las ciudades. Juzgando demasiado reducida y sencilla la iglesia que habia levantado Alfonso el Casto en el sitio donde estaba el cuerpo de Santiago, la reedificó magníficamente con piedras preciosas y con columnas de mármol, y la enriqueció con ornamentos y vasos de un valor inestimable así por el material como por la hechura (\*).

(1) *Sampir. Astur. pag. 56.*

(\*) Los dos reinados que antecedieron al de Alfonso el Magno, prepararon la felicidad que en los dias de este gran Príncipe gozó la nacion. Ramiro I y Ordoño I se hicieron tan terribles á los musulmanes y normandos, que ni estos osaron presentarse de nuevo en nuestras costas, ni aquellos se atrevieron á invadir el reino de los cristianos, y no hicieron otro que huir en todos los reencuentros de sus egércitos. Así Alfonso III vino á sentarse en un trono consolidado por la victoria, y ennoblecido con los laureles de todos aquellos triunfos. Apenas habia

estado la vida monástica de la cual hacia el mayor aprecio; y sin afeitarse como hacian los monges, tenía la barba mucho mas corta que los legos. Hizo siete peregrinaciones á Roma, siendo esta devocion muy recomendada en aquellos tiempos. En los últimos años de su vida redobló sus austeridades y todos sus ejercicios piadosos hasta el tiempo de su muerte ocurrida en el año 909 á 13 de Octubre, en cuyo dia venera la Iglesia su memoria.

14. Murió por este mismo tiempo en opinion de santa la Emperatriz Ricarda, esposa de Cárlos el Craso, en el monasterio de Andelau en Alsacia que habia fundado ella misma para canonesas, y subsiste actualmente sin haberse variado su institucion primitiva. Habia sufrido la Emperatriz con una paciencia heroica las acusaciones vergonzosas que intentó contra ella aquel Emperador débil y suspicáz, las que rebatió probando que no habia perdido aun la virginidad. La separacion que resultó de este suceso escandaloso, dió motivo á la Princesa para entregarse enteramente á la piedad y adquirir en su retiro una santidad que se juzgó digna de honrarse y venerarse públicamente.

15. Arnulfo Rey de Germania dió en el año 895 un testimonio notable de su proteccion para con la Iglesia, cuando estando en su palacio de Tribur cerca de Maguncia, hizo que se celebrase un concilio general de los paises de su obediencia, en el que se hallaron veintiun obispos con inclusion de los tres metropolitanos de Maguncia, Colonia y Tréve-

ris (1). „Pastores del rebaño de Jesucristo, (dijo á los padres que reclamaban su proteccion) desempeñad fielmente vuestro ministerio, y vivid seguros de que no seré yo menos religioso en cumplir con el mio, persiguiendo á los enemigos de la Iglesia y á los vuestros.” Con cuyo motivo, habiéndose quejado los obispos de los pecadores incorregibles que no se presentaban á recibir la penitencia debida por sus culpas, mandó el Rey que todos los condes que residian en sus dominios hiciesen prender á aquellos pecadores escomulgados y los llevasen á su presencia, teniendo entendido que si se rebelaban cuando se fuese á prenderlos y morian en la demanda no se impondria ninguna penitencia á los autores de su muerte. De este modo se empezaba á mezclar la coaccion con la persuasion y dulzura para reducir á los pecadores á que hiciesen penitencia: método que por consiguiente debió su origen á la potestad secular, y del cual se echó mano sin duda alguna para contener unos escesos que hubieran turbado el orden público á pesar de los demás medios que pudieran haberse empleado. Habiendo empezado ya á introducirse la compensacion de las obras satisfactorias, permitieron los obispos á los penitentes que redimiesen ciertos ayunos con limosnas, pero solamente en caso de enfermedad y de viaje ó en los últimos años de su penitencia. Vemos tambien por este concilio, que no se observaba todavía el ayuno ó abstinencia del sábado, y que en la celebracion del santo sacrificio se acostumbraba mez-

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 439.

clar una tercera parte de agua en dos de vino, sin contentarse con echar en él algunas gotas.

16. El Rey Arnulfo pasó á Italia despues de concluida esta asamblea, donde le habian llamado Berengario y el Papa Formoso (1). No creyéndose Guido, competidor de Berengario, en estado de resistir á tantas fuerzas reunidas, huyó con precipitacion, y Arnulfo se apoderó de Roma. Le recibió el Papa con grandes honores y le coronó Emperador á principios de Abril del año 896: despues de lo cual el pueblo romano le prestó juramento de fidelidad con esta cláusula notable: *salva la fe debida al Papa Formoso.*

17. Murió este Pontífice á poco tiempo de haberse verificado esta revolucion. Algunos autores cuentan su muerte el dia 4 de Abril; pero consta por algunos hechos posteriores que vivia aun á mediados de este mes. Bonifacio, que habia sido depuesto del subdiaconado y del sacerdocio, fue elegido por una faccion popular para que le sucediese, y murió de gota á los quince dias. Declaró su eleccion nula un concilio celebrado dos años despues en Ravena, por lo que muchos historiadores no le colocan en el número de los Sumos Pontífices. Por último, consagraron á Estévan VI en el mes de Agosto del mismo año: su pontificado no pasó de catorce meses, y solo es conocido por un rasgo menos honroso á su gobierno que lo fuera un olvido absoluto. Habiendo congregado un concilio numeroso, no solo tuvo la temeridad de

(1) *Regin. ann. 895. = Luitpr. lib. 1. cap. 8.*

condenar á su predecesor Formoso, sino que hizo desenterrar su cadáver, y mandó que le presentasen en medio de la asamblea (1). Estaba el difunto revestido de las insignias pontificales, y en esta forma se le puso en la Silla apostólica, y se le dió un abogado para que respondiese en su nombre. Entonces el Papa Estévan, dirigiendo la palabra al cadáver cual si estuviese vivo: „obispo de Porto, le dijo, ¿por qué te impelió la ambicion á usurpar la Silla de Roma?” y condenándole á la primera pregunta pronunció la sentencia que egecutaron inmediatamente. Despojaron al difunto de sus vestiduras sagradas, le cortaron tres dedos, le decapitaron, y despues le arrojaron al Tiber. Añadiendo Estévan el sacrilegio á la barbarie, degradó de las órdenes sagradas á todos aquellos á quienes las habia conferido Formoso, y volvió á ordenarlos. Pero no tardó en recibir el castigo que merecian estos excesos, porque fue arrestado por unos enemigos tan violentos como él, los cuales le esluieron de la Silla pontificia, le cargaron de cadenas, le pusieron en una prision y en ella le dieron garrote.

Sucedióle inmediatamente Romano, cuyo pontificado no llegó á cuatro meses. Habiéndole reemplazado Teodoro, gobernó la Iglesia mucho menos tiempo; pero los veinte dias que ocupó la santa Sede trabajó útilmente en la pacificacion de los ánimos y en la edificacion de la Iglesia. Mandó que volviesen á sus sillas los obispos que habian sido separados de

(1) *Flad. lib. 5. pag. 606.*

ellas; restableció los sacerdotes ordenados por Formoso, y dispuso que se llevase solemnemente á la sepultura de los Papas el cadáver de este Pontífice que habian encontrado unos pescadores. Romano fue muy amado del clero y generalmente estimado de todo género de personas por su genio apacible, su sobriedad, su castidad y su liberalidad para con los pobres.

Hízose igualmente recomendable por su prudencia y piedad Juan IX que fue su sucesor. Sin embargo, en su eleccion estuvieron divididos los votos, y tuvo Sergio algunos en su favor. Pero prevaleció el partido de Juan, y habiendo sido echado Sergio de Roma tuvo que retirarse á Toscana en donde permaneció siete años bajo la proteccion del marqués Adalberto. Juan IX ocupó la Silla apostólica dos años, cuatro meses y quince dias; á saber, desde mediados de Julio de 898, hasta 30 de Noviembre de 900 en que murió; época muy bien establecida por mas que pretendan lo contrario algunos cronologistas no despreciables.

18. Declaróse el Papa Juan no menos que su predecesor Teodoro contra las violencias escandalosas de Estévan VI, y para estirpar de raiz el mal, ordenó que celebrasen en Roma un concilio en que se examinaron con la mayor madurez los artificios é intrigas de Estévan. Averiguaron que á la mayor parte de los obispos que habian suscrito al concilio de este Papa contra la memoria de Formoso, se les obligó á ello tiránicamente, y que muchos le acusaron de perjurios y de otras acciones infames sin conocimien-

to de causa y sin ningun exámen; por lo cual reprobaron el concilio del Papa Estévan, y acordaron que se quemasen sus actas, como se quemaron segun se dice, las del concilio de Rímini y las del segundo de Éfeso (1). Habiendo pedido perdon los obispos y los demás eclesiásticos complicados en esta vil condescendencia, se les trató con benignidad, atendiendo á que en su culpa habia tenido mas parte el temor que la malicia. Prohibieron severamente á todo género de personas de cualquiera clase y dignidad, que impidieran la libertad de los concilios, que despojaran á los prelados de sus bienes con este objeto y que los encarcelaran ó violentaran de cualquier otro modo. Prohibieron tambien con arreglo á lo dispuesto en los concilios de África, que se reiterasen las órdenes y el sacramento del bautismo. En fin, confirma el concilio el justo aprecio que se hacia de Formoso, y declara que este obispo habia sido trasladado de la silla de Porto por necesidad y por su mérito. Sin embargo, prohíbe que en lo sucesivo se haga uso de este egemplar, con cuyo motivo recuerda la severidad de los cánones observados sin interrupcion en occidente, por los cuales se negaba la comunión laical á los que contravenian á ellos.

En cuanto al presbítero Sergio, cuya eleccion habia causado division en la iglesia romana, le declararon condenado y espulso, como tambien á sus fautores, con prohibicion de egercer las órdenes sagradas. Atribuye el concilio esta clase de turbulencias y

(1) *Mus. Italic. Mabill. tom. 1. pag. 86.*